



Renuevo y nueva semilla de diálogo: Presentación de *Octavio Paz. Viajero del presente. Otra vuelta*, de Roberto Hozven. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2014

Por Roberto Onell H.

Pontificia Universidad Católica de Chile
ronell@uc.cl

Roberto Hozven reedita este libro *como respuesta* a una iniciativa de otro, el Sr. Julio Sau Aguayo. Ambos *responden*, intentan responder, a Octavio Paz y su "lección de escritura en lengua española [, esa] 'prosa de agua potable'"¹. Para Hozven, esto es un saberse confirmado en "el sentido de 'progresar', de profundizar, en el conocimiento científico". La opción es aplicarse a la principal bibliografía disponible sobre Paz en los últimos veinte años o, como prefiere apuntar él mismo de un modo *dumasiano*, *d'artagnaniano*, "20 años después". O, como prefiero yo, reentrar en el movimiento de rotación de los signos diseminados desde Octavio Paz.

Por su parte, Paz *responde* a una época, a la señal de una época: el conflicto, la violencia más bien. Según queda claro a partir de ese poema llamado "Canción mexicana", Paz nace a una era y un país marcados por los esfuerzos reformistas y revolucionarios de colores diversos, cuyas implicancias se verifican no solo en la esfera pública sino también en la trama doméstica. Las palabras del abuelo y del padre arrastran consigo el inevitable aroma de las balas, que permanece en la mesa familiar: "y el mantel olía a pólvora" (23)², dice el estribillo del poema, la repetida cancioncita. Es una respuesta, la que intentará Paz, que busca propiamente hilvanarse como conversación, como el diálogo que "abre las puertas de la paz" (24).

Será el intento por responder, en el fondo, según observa Hozven, a la sociabilidad caudillista de nuestra América Hispana por la vía de la promoción de una sociabilidad más propiamente cívica, afincada en la promoción y el respeto por los Derechos Humanos. A una sociabilidad del caudillo, Paz opondría el civismo del diálogo, de la discusión, del examen crítico. Frente a la espada y la división, la trompeta y la congregación; contra el caudillo, el ciudadano.

Según Hozven, Octavio Paz está abogando por una libertad enraizada en la moralidad kantiana. Es cuando recuerda que, para Kant, la moral debe fundarse en la autonomía de la conciencia, en la capacidad más propia del sujeto, en la privacidad de su pensar consciente; ahí donde puede emanar

¹ Esta cita y la siguiente se toman del último borrador del libro de Hozven.

² A contar de esta, todas las demás citas se toman desde la versión editada del libro.

la concepción de una ley universal. Conocemos algunas de las máximas kantianas: "*Sapere aude*", *atrévete a saber, atrévete a conocer, atrévete a pensar*; o también, "Compórtate de tal modo, que tu conducta sea ley universal", *condúctete según parámetros que puedan ser aprobados y tener asiento en todo tiempo y lugar, según el bien común y no el interés particular*. Una *eticidad*, recordemos, para un mundo que ha exiliado a Dios, o para una sociedad que intenta restablecer sus vínculos cancelando las premisas sobrenaturales; exacerbando, según la convicción protestante, la trascendencia divina.

En dicho horizonte, la libertad se entiende como *ausencia de coerción*. Y el sujeto puede decirse libre en la medida en que se hace consciente de sí mismo, en cuanto crece en lucidez sobre sí mismo, esto es, en cuanto gana autoconciencia. Será un pensar que busca hacerse consciente, en especial, de sus propias posibilidades y límites; pensamiento cada vez más autoconsciente que redundará en aquello que llamamos, con Kant, *pensamiento crítico*.

Octavio Paz se juega por salvar la escisión que fuera plateada por el conflicto entre Romanticismo e Ilustración. Tensión creadora, sin embargo, como el mismo Paz no se cansó de hacernos ver, toda vez que en esa tensión radica el origen de la tradición poética moderna. Pero debido a que ni Maarten van Delden ni Yvon Grenier explican cómo Paz salva o intenta salvar el hiato entre románticos e ilustrados, Hozven aventura una hipótesis. Paz observa que la Ilustración, aun estimulando la capacidad racional, pensante, el discurso argumentativo como artífice del espacio público, la discusión de la plaza pública, al mismo tiempo reprime, reduce, civiliza constrictando la apertura radical del ser humano a la sobreabundancia del ser, que el propio Paz identifica como *otredad*, como *la otra voz*, el deseo reprimido que buscará retornar, la vida del inconsciente, la inminencia de una transgresión plural.

De ahí que la literatura pueda ser comprendida y, sobre todo, *vivida* como espacio heteróclito, dialógico, interactivo y, en definitiva, catártico. Si, como dice Paz, "la libertad es una perpetua invención" (29), entonces es verdad que se trata de un ejercicio, una práctica llevada a cabo "desde un compromiso existencial del sujeto con los otros en la afirmación de la *otredad*" (29), apunta Hozven.

Pero la libertad también es entendida en Paz como vocación. En cuanto ejercicio, Hozven observa que la libertad arraiga en un sujeto como vocación histórica de la que no pueden borrarse las huellas traumáticas del origen compartido. Así, como práctica, la libertad apunta a algo, se ejerce *para algo, con-duce, con-lleva*, inaugura. Así, aun en el espacio de la inmanencia, puede decirse que la libertad implica una escatología del habitar humano.

En el ámbito de la esfera pública, la libertad promovida desde los principios democráticos modernos se traducirá en una desacralización de los indicadores de certeza teocráticos y aristocráticos. En efecto, las llamadas "libertades civiles" consistirán en el despliegue de posibilidades de acción, crecientemente reconocidas por la sociedad y sancionadas por la ley, única

majestad a la que la moderna ciudadanía quiere deber sujeción. Democracia y libertad, entonces, "son interdependientes" (31).

Como una manera de verificar la operatividad de estas distinciones pacianas, Hozven se aplica momentáneamente a observar tipos de libertad en la realidad chilena, extrapolables quizá a la realidad hispanoamericana. Surgidos de los propios estudios de Hozven, estos casos son catalogados, en conjunto, como un notorio contraste respecto de la libertad kantiano-paciana. Son modalidades de la *libertad obediente*. Majamama, según definición de Domingo Melfi: "gelatina de componendas, turbia y elástica, incolora, insípida, sin sentido, sin orientación" (32). Imbunche, según Hozven: "conversión de la posibilidad en amenaza, del sufrimiento en resentimiento y del duelo en melancolía" (35). Ambos son el negativo de la libertad-acto kantiana. La majamama, porque es un movimiento inmóvil, la circularidad del vicio, conducto inconducente, una forma de perpetuar la atadura de la conciencia. El imbunche, porque es un estallido hacia dentro, el despliegue del impulso que se toma los recovecos del espíritu para enquistarse y, a veces, volverse invisible aunque siempre operativo.

La apuesta de Octavio Paz es a riesgo de perderlo todo, es "la libertad de jugársela por entero sin sacar otro provecho de ello que el impulso de su propia vocación realizada" (40-41), lee Hozven. Y más, el poeta mexicano agregará que "el amor es una apuesta insensata por la libertad. No la mía, la ajena" (41), en una reflexión que en *La llama doble* clarifica la hermandad profunda entre los términos *amor* y *libertad*. Insensata para la Luces del Iluminismo, de un modo semejante al escándalo y la locura que sería para judíos y griegos la novedad del amor cristiano, según el apóstol Pablo, del amor como criterio central de pertenencia a la comunidad universal, en desmedro ya de la casta, la clase, la lengua, el dinero u otro criterio.

Así, cuando describimos esta propuesta de Paz como *apuesta*, como *riesgo total*, comprendemos estar en el ámbito de una *confianza* de gran envergadura. Confianza en el ser humano, en primer lugar, toda vez que Paz detecta esa capacidad y ese deseo en el corazón de lo humano, en consonancia con el pensar de Paul Ricoeur y su noción del *hombre capaz*, del hombre que no solo quisiera, que no solo desea, sino que también, de hecho, hace, obra, logra, conquista.

Pero también se evidencia la confianza en *otra cosa*, en *lo otro*, pero de una *otredad* que es justo describir como *trascendente*. Porque la apuesta, si es tal, es decir, si se hace montada en ninguna certeza, no se hace desde el deseo de perder. Se arriesga perder, pero se desea ganar. ¿Qué buscamos ganar al entregar sin reservas, al entregarnos sin hacer cálculos? Y en el caso puntual de la entrega amorosa, de esa apuesta insensata –insensata, por cierto, como mejor sabe Paz, desde la óptica del cálculo racional de costos y beneficios– por la libertad ajena, ¿por qué hacerla, para qué hacerla? A modo de hipótesis personal –que a eso también nos conduce Hozven en su lectura de Paz: a leer nosotros mismos, a proponer semejanzas y diferencias–, el porqué de esa apuesta parece ser precisamente el deseo de realizar la vocación personal, ese llamado personalizado que vamos descubriendo y deseando concretar en la historia con los otros; el

para-qué de esa apuesta por la libertad del otro parece ser, primero, la maravilla gratuita de ver a ese otro crecer y fructificar y, segundo, el vivir una fraternidad libre, el reconocernos efectivamente hermanos en nuestras diferencias. Y qué es esto, si no el establecer y cultivar vínculos, lazos, ligazones, es decir, una *nueva heteronomía*, pero no ya una heteronomía coercitiva sino *solidaria*. Fraternidad abierta a la Otredad –que con las tradiciones sapienciales occidentales llamamos Ser, Dios o, en último término, Misterio– y *abierto* quiere decir *dispuesta, disponible, ofrecida, ofrendada* a lo otro trascendente, a aquello a lo que se debe el propio ser y donde se desea retornar, *responder* y *corresponder*. “Alguien me deletrea”, dice Paz en un poema.

Como ve con claridad Hozven, Paz busca reactualizar el *dictum* de Novalis, el gran poeta romántico alemán: “insertar la poesía en el centro de la historia” (43). Otra apuesta insensata, tenemos que decir con Hozven, porque la poesía desencadena fuerzas transformadoras, la inminencia de la catástrofe –ante la rigidez de los sistemas sociales, ante el deber-ser de las instituciones– y también la inminencia de la justicia y el amor –por la conciliación posible de las palabras y las cosas, por la reconciliación del hombre con el universo, así sea en la fracción pequeña de un pequeño instante–.

Al suspender la realidad constituida, el acto funda un orden nuevo, un universo de ilimitada divisibilidad, la grieta sublime (Slavoj Žižek); devela una ruptura hacia la “noche del mundo”, que lleva el signo de lo femenino. Hozven lo expresa mejor: “si el orden femenino ‘abre’ el universo del conocimiento hacia el misterio y lo que lo desborda, el masculino lo cierra clausurando las dudas en un intento desesperado de reparar las incisiones traumáticas de la ruptura femenina” (46). La reflexión de Paz en un poema acerca de la propia madre es una forma de elocuencia de ese “abismo matricial”: “mi madre: pan que yo cortaba/ con su propio cuchillo cada día” (46). Y es que “la madre se desgrana como divisibilidad infinita mediante diversos órdenes del ser” (46). Como sabemos, es la analogía romántica aquello que insiste en una vinculación sin ruptura entre la vida del mundo y la vida del espíritu, pero presuponiendo el acto disruptivo de orden femenino, la herida como signo de todo lo humano. “Cumpro con informar a usted que últimamente todo es herida: la muchacha/ es herida, el olor/ a su hermosura es herida [...]”, dice el poema “Desocupado lector” de Gonzalo Rojas, en una electrizante y pormenorizada enumeración, que quizá agradara a Paz.

Ahora bien, si lo humano cabe ser descrito en términos de grieta, de lo femenino abierto, hemos de ver que la *abertura* es también posibilidad de *apertura*: disponibilidad, ofrenda, de cara al Misterio, de oído a la otra voz. No otra cosa enseñan los Padres de la Iglesia al hablar de la mujer del *Cantar de los cantares*, o San Juan de la Cruz al hablar de la Amada, o el *Apocalipsis* al hablar de la mujer que sufre dolores de parto: ese nuevo orden posible es, si ha de ser, un genuino *alumbramiento*, un dar a luz, un traer al claro del ser a aquello inminente, presentido y anhelado, que solo puede materializarse desde el cuerpo de la mujer como cifra de toda la humanidad. ¿Cuánto habrá pesado, en esta reflexión honda de Octavio Paz, en esta inquietante correspondencia entre el pensar paciano y el pensar

patrístico, me pregunto entretanto, la figura de la Virgen María, paradigma eclesial, la adorada Guadalupe cuya presencia atraviesa la conciencia y la vida inconsciente de todo mexicano?

En suma, varios son los méritos de este *nuevo libro* de Roberto Hozven. Por ejemplo: escritura informada, al día con las mejores referencias bibliográficas; prosa desembozada, desenvuelta, a sus anchas en el idioma castellano irónicamente matizado, transgredido, de extranjerismos; creatividad al servicio del pensamiento, al obrar giros lingüísticos, tanto librescos como coloquiales; habérselas con la obra completa de Paz, esto es, no resignarse al fragmento, muchas veces coartada de pereza en nosotros, y sí encarar la totalidad, con buenas herramientas eso sí, y no con las puras agallas.

Pero yo destaco solo un mérito, por ahora; el mejor, a mi juicio. Resituar la obra de Paz en la discusión académica universitaria, en este ámbito que buscamos cultivar, ampliar, nutrir de pensamiento y no de consignas, de constituir una vez y otra vez en espacio de genuino diálogo y no de majamamas compinches, en la confianza, en la *esperanza fundada* de que la academia se vuelque a la sociedad en general para ofrendar un servicio que atestigüe su especificidad como academia: el servicio del pensar informado, demorado, macerado, que la prisa de otros medios informativos no está en condiciones de ofrecer y que sin embargo nuestra sociedad reclama cada día y cada noche. Los signos en rotación que nos hablan de *nosotros mismos* pero con *otra voz*.

FILSA, 28 de octubre de 2014

**r
e
s
e
ñ
a
s**

